

Los "Salones de La Coruña", un ámbito de encuentro con los Centros Escolares

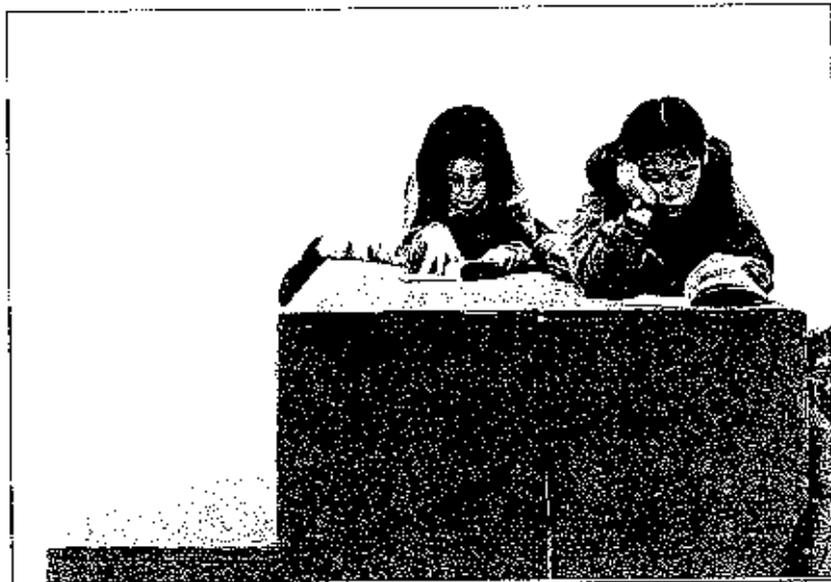
LOS AYUNTAMIENTOS ENSEÑAN A LEER

— Fernando Pariente —

En el sistema de educación que tenemos establecido en España, las administraciones locales tienen muy poco que decir en el campo de la programación y la organización de la educación. Es un sistema centralizado, en el que todas las responsabilidades descansan en las administraciones de ámbito más general, sea el Estado sean las Comunidades Autónomas, y del que siempre quedan fuera los municipios.

Esta situación tiene su aspecto positivo para los Ayuntamientos: liberados de las obligaciones y responsabilidades organizativas, pueden concentrar sus esfuerzos en el desarrollo de programas de cooperación con los centros escolares que sirvan para elevar la calidad de la formación de sus ciudadanos más pequeños.

Hay un sin fin de actividades, periféricas a lo académico, que suponen una complejidad de organización que supera las posibilidades de una sola institución educativa, pero que resultarían un indudable refuerzo de la calidad educativa de los alumnos. Entre ellas están todas las relacionadas con el fomento del hábito de la lectura.



LO PRIMERO, HACERSE SOCIO DE LA BIBLIOTECA MUNICIPAL

Hace algunos años llegaba con mi familia a una población del Oeste de los Estados Unidos, donde ejercí como Assistant Professor de Literatura Española durante dos años. Era una población de dimensiones reducidas en la que se mezclaban, casi a partes iguales, tres comunidades: la universitaria, la ganadera y la agraria (profesores, agricultores y ganaderos). Apenas llegados, nuestros anfitriones de la Universidad nos tutelaron en nuestros primeros pa-

sos para integrarnos en la vida de la ciudad: nos ayudaron a escolarizar a nuestras hijas, nos asesoraron en la adquisición de un automóvil y nos llevaron a la biblioteca municipal a fin de hacerlos socios de inmediato. Si no hubiéramos tenido familia, este último acontecimiento hubiera carecido de importancia, pero teniendo tres hijas era esencial pertenecer a la Biblioteca Municipal ya que ella constituía un centro básico de trabajo para todos los escolares.

La tal biblioteca era una maravilla de diseño, de equipamiento y de selec-

ción de fondos. Se trataba de una biblioteca general, pero con una especial dedicación al área infantil y juvenil. La amplitud del edificio facilitaba la distribución del espacio con una enorme variedad de modalidades, desde el estudio más concentrado en un ambiente de rigurosa formalidad y silencio, hasta la lectura más relajada encaramado su protagonista en el espinazo de moqueta de un dinosaurio. Hemeroteca, salas de reunión, salas de audición y de proyección, cabinas individuales de audición y visionado... Fondos discográficos, filmográficos, de vídeo... Allí encontré, para mi sorpresa un ejemplar del disco *Pasito a Pasito*, editado por *Padres y Maestros*.

Los profesores y alumnos de los distintos centros escolares de la ciudad, fueran del nivel que fueran, tenían en ella un recurso frecuentemente utilizado para toda clase de trabajos. No se trataba de una situación especial dentro del país: era lo habitual. Desde el primer día de nuestra estancia en la ciudad fue uno de nuestros lugares habituales de estancia y presencia. Los libros viajaban continuamente de ella a nuestra casa al ritmo de las órdenes de trabajo que nuestras hijas recibían en clase; yo acudía periódicamente para recoger información de las suscripciones que recibían sobre el tema *Prensa en la escuela*; algunos fines de semana nos entreteníamos con las mercadillos que organizaba la Biblioteca de libros de segunda mano y con frecuencia nuestras hijas mataban en sus salas el tiempo que su madre y yo empleábamos en hacer acopio de provisiones en el vecino supermercado Safeway.

MODELO BÁSICO

En el tema del fomento de la lectura, la estructura básica de la que un Ayuntamiento debe partir es la creación de una buena biblioteca municipal. Para ser eficaz debe estar dotada de medios que eviten toda penuria en el desarrollo de su labor. Los medios materiales son indispensables: espacios adecuados y bien diseñados, fondos amplios y bien seleccionados, organización clara y de fácil acceso. Pero también es imprescindible un equipo humano de profesionales especializados que sepan rentabilizar todos esos recursos y programar a partir de ellos estrategias, planes y actividades imaginativas y fecundas.

CONGREGAR A TODOS LOS IMPLICADOS

En algunas ciudades de nuestro país ha tomado ya consistencia, gracias a la iniciativa o a la colaboración de los Ayuntamientos, la celebración de jornadas, muestras o salones dedicados al tema de la literatura infantil o juvenil. Madrid, Bilbao, La Coruña y otras ciudades organizan algunos con bastante tradición. Suelen tener como objetivo la animación a lectura, por eso el público al que se dirigen no son los profesionales del libro, sino sus usuarios, los niños. Se proyectan como lugares de encuentro de las obras y, alguna vez, de los autores con su público. Las exposiciones presentan libros al alcance de la manipulación infantil y se organizan una serie de actuaciones que tienen como objetivo final el contagiar la afición a leer.

Pero alcanzar esa meta no es fácil y quizá esta clase de actuaciones no sea suficiente. Probablemente merezca la pena proponerse horizontes más amplios en la organización de eventos así.

Conseguir reunir a todos los profesionales que intervienen en el complejo mundo del libro es un asunto complicado. Por un lado están los autores e ilustradores, que son los creadores de las obras; pero por otro están también los editores, que son los responsables de la confección material de los libros y de su difusión en el mercado; pero, además surgen, a continuación, los librerías, que son los responsables de su venta directa; y, finalmente, estarían los niños, los ansiados lectores, sino fuera porque todavía en el medio aparecen las figuras del profesor, que es las más de las veces el factor desencadenante del proceso lector, el bibliotecario, que lucha en la actualidad por hacerse con puesto en todo este entramado, y a veces, los padres, que en algunos afortunados casos ejercen un papel parecido al de los profesores.

Disponer de un espacio que sirva de punto de encuentro a estos personajes redundará en beneficio de los buenos propósitos de todos en favor del aumento de los índices de lectura de niños y adolescentes. La verdad es que en el mundo del libro las relaciones se producen en forma de binomio y por sectores: autores - editores; editores - librerías; librerías - lectores; profesores - lectores; bibliotecarios - lectores. Pero en este entramado de contactos no hay la-

zos de intercomunicación entre las partes, fuera de los binomios indicados.

Por eso es tan importante que se invente un foro en el que se universalice la comunicación, se confronten los intereses de todos, se haga a los demás partícipes de los propios problemas y se coordinen los comunes objetivos. Autores, editores, librerías, profesores, bibliotecarios, lectores..., todos juntos.

La fórmula de las celebraciones de Salones de literatura infantil y juvenil puede ser buena para ello y, quizá, nadie mejor que los Ayuntamientos para organizarlos de modo que se garantice la presencia de todos los implicados.

LOS «SALONES DE LA CORUÑA»

Conozco la fórmula de los Salones celebrados en La Coruña. Desde hace años todos ellos tienen un desarrollo temático. Alrededor de una idea se eligen los libros y se planifican las actividades: en 1990, el núcleo temático se constituyó en torno a la aventura, en 1991 la idea clave fue la fantasía; en 1992 el Descubrimiento; en 1993, el Camino; en 1994, el miedo; en 1995, será la tolerancia.

El Salón se constituye en un espacio físico en el que se expone una selección abundante de libros sobre el tema elegido, clasificados por niveles de edad de lectores. Siempre se reserva un espacio de la muestra, separado y bien identificado, para presentar las obras que sean novedad editorial durante el año, aunque no pertenezcan a la temática seleccionada. La muestra de libros se complementa con otras de Ilustradores.

Paralelamente se celebran una serie de actividades que implican a los alumnos de todos los centros de la ciudad que lo solicitan.

Para los alumnos más pequeños, se organizan visitas a la exposición reforzadas con dramatizaciones que se enmarcan en el contexto de la temática elegida para el Salón y que sirven para introducir a los niños en la propia exposición a través de vivencias que se asemejan a las que encontrarán en los libros expuestos.

Para los alumnos de los niveles más altos de EGB y para los de Enseñanzas Medias se organizan encuentros con autores que se pueden desarrollar en los propios centros o bien en la sede del Salón.

Simultáneamente se organizan algunos cuernillos específicos para profesores, sobre temas relacionados con la lectura o la expresión escrita y se presentan actos, como conferencias, debates o mesas redondas para el público en general, que desarrollan temas derivados del elegido para el Salón.

Como ejemplo en el que se resumen los objetivos que nos proponíamos y algún modelo del desarrollo, puede verse el breve artículo que publiqué el año pasado sobre el Salón que se enfrentó con un tema tan discutible como es el del miedo y su literatura.

¿QUIÉN DIJO MIEDO, MUCHACHOS?

Antes, contar relatos llenos de misterio, con el tono de voz apropiado y las variaciones dramáticas convenientes, era un arte admirado y respetado por todos y su propietario pasaba a ser considerado una joya de la que se honraba toda la comunidad, sobre todo en las comunidades rurales. Las gentes alardeaban de ello: «Nadie cuenta los cuentos como mi abuelo... o como el tío Antón, el de Cortiñanes...» Los relatos se desgranaban al amor de la lumbre en las largas noches del invierno y los contertulios se arracimaban en las cocinas para escucharlos. Algunos escritores como Valle Inclán o la Condesa de Pardo Bazán se inspiraron en esta literatura popular para inmortalizarla en alguna de sus obras.

Hoy no existen ya los contadores de cuentos, ni las gentes se reúnen en las mejores cocinas de las villas y los pueblos para escuchar los relatos del más famoso «cuentero» del lugar. Todo ha sido sustituido por la televisión que resulta más prosaica, menos participativa y, además, menos emocionante, pero bastante más cómoda.

También los autores han ido cambiando sus esquemas. Los relatos que se nos ofrecen ahora ya no son cuentos de miedo, como los de antes. Ahora las brujas se han descafeinado y, en vez de causar horror, provocan una sonrisa de conmiseración ante su torpeza en el manejo de la escoba. Los monstruos actuales ya ni siquiera inspiran recelo, provocan la carcajada o, en el mejor de los casos, una sonrisa de complicidad. El miedo se ha desterrado de la narrativa infantil y a los monstruos se les condena a hacer el ridículo como personajes del género cómico. Para muestra vayan



Uds. a ver «La familia Adams», una de las películas que triunfan en el momento, y entenderán de qué estoy hablando.

La proscripción del miedo de la literatura infantil no es efecto de la casualidad, ni de la moda, es, más bien, la consecuencia de una cierta filosofía educativa que pretende maquillar al mundo para presentarlo a los niños en versión edulcorada. Que no sepan del dolor, ni de la miseria, ni de la injusticia, ni de la muerte; que vivan un mundo feliz en el que no exista el riesgo, ni la amenaza, ni el miedo, ni la angustia; un mundo de algodón en rama y colores pastel.

Recientemente, el 7º Salón del Libro Infantil y Juvenil de La Coruña propuso el tema del miedo como centro temático del desarrollo de sus sesiones de este año. A pesar de la prevención de algunos autores y profesores ante el tema, el interés de los niños y su entusiasmo convirtió la celebración en uno de los mayores éxitos obtenido por este salón a lo largo de su historia.

¿Es la consecuencia de una temprana afición al morbo o es la respuesta lógica a una sabia inclinación natural?

En uno de los actos programados en el Salón de La Coruña varios especialistas plantearon este tema desde distintas perspectivas: desde la siquiatria, desde la literatura y desde la educación. No hubo conclusiones formales, pero el debate resultó muy interesante. Se podría condensar en este pensamiento: El miedo es un componente intrínseco de la persona que se desarrolla y se manifiesta de distintas maneras a lo largo de las etapas de la vida. Las manifestaciones del miedo pueden ser encauzadas, pero también pueden devenir en diversas patologías.

Los buenos relatos de miedo sirven a las personas para crear defensas contra sus propios miedos y controlarlos. El mantener a los niños en artificiosos mundos de celuloides puede contribuir a una debilidad posterior de los adultos para enfrentarse a la angustia.

También se constató en la mesa una curiosa coincidencia: al mismo tiempo que se han ido descafeinando los relatos infantiles de miedo, han ido apareciendo muestras de una narrativa de lo horripilante cada vez más cruda. Hoy proliferan, más en imágenes que en letra impresa, los relatos que se recrean en lo truculento. Son historias que compensan su falta de ingenio y calidad con la abundancia de sangre y visceras. Desde un punto de vista artístico o literario son basura, pero han conquistado un público bastante joven que parece encontrar en ellos alguna diversión. No sé si habrá alguna relación de causa a efecto entre ambos acontecimientos, probablemente sería «mucho afirmar», pero sin duda es una actitud a revisar esa de mantener que los niños no deben leer relatos de miedo porque es malo para su salud psicológica. A lo mejor lo que es verdaderamente malo es que no los lean.

De todos modos es mucho más difícil, literaria o cinematográficamente hablando, crear una buena historia en la que el miedo se vaya paulatinamente instalando de forma sutil en el espíritu de los lectores o espectadores gracias al ingenio del autor, que provocar la risa fácil ridiculizando personajes creados por otros.

¡Ojalá que alguno, entre esa pléyade de autores juveniles de los que ahora gozamos, se lance por el camino del ingenio!